

¿Comenzó Cristo donde había empezado Adán, esto es, sin pecado?

LB, abril 2017

Prestar cuidadosa atención a la diferencia entre **naturaleza** recibida (genérico: lo que todos recibimos por nacimiento) y **carácter** desarrollado (individual: lo que uno decide personalmente), es la clave para comprender el mensaje inspirado relativo a la humanidad de Cristo, tanto en la Biblia como en el Espíritu de profecía.

- Cristo comenzó sin pecado, siguió sin pecado y terminó sin pecado **en su carácter**: en lo que decidió, en lo que pensó, dijo e hizo (aquello que implica responsabilidad). Así comenzó Adán también.
- Cristo, en cuanto a **la naturaleza humana** que recibió en su nacimiento (que no comporta responsabilidad) comenzó donde comenzamos nosotros; no donde comenzó Adán. Se encarnó en una naturaleza “caída” (1 CBA, 1099), “pecaminosa” (MM, 238), “idéntica a la nuestra” (3 MS, 146), “degradada y contaminada por el pecado” (4 CBA, 1196).

La Biblia es absolutamente consistente en esa comprensión:

Lo que era imposible a la ley, por cuanto era débil por la carne, Dios, enviando a su Hijo **en semejanza de carne de pecado...** (Rom 8:3).

Es imposible aplicar a la naturaleza edénica de Adán esa expresión.

Por cuanto **los hijos** participaron de carne y sangre, él también participó de **lo mismo** (Heb 2:14).

La expresión “**los hijos**” excluye a Adán. Se refiere a los que descendemos de Adán, quien no engendró ningún hijo antes de pecar. Los “**hijos**” participamos de la misma carne y sangre (naturaleza) que Cristo. Ese texto se refiere claramente a la naturaleza.

A la simiente de Abraham tomó (Heb 2:16).

Era imprescindible que Cristo tomara esa naturaleza caída, la nuestra, a fin de poder socorrernos a nosotros (Adán no necesitaba tal socorro antes de la caída):

Por lo cual, debía ser **en todo** semejante a los hermanos, para venir a ser misericordioso y fiel Pontífice... (**Heb 2:17**).

Tomar nuestra naturaleza caída (tal cual era la naturaleza humana cuando Cristo se encarnó), le permite socorrernos cuando somos tentados ahora:

Porque en cuanto él mismo padeció siendo tentado, es poderoso para socorrer a los que son tentados (**Heb 2:18**).

La implicación de ese texto es que si creemos que podemos ser tentados de cierta forma en que Cristo no pudo ser tentado (desde el interior), en ese punto no tenemos a NADIE que sea poderoso para socorrernos. Si Cristo hubiera tomado la naturaleza de Adán antes de que este pecara, y por lo tanto hubiera sido tentado sólo tal como lo fue Adán, no nos podría ayudar a nosotros ni a Adán después de su caída.

Heb 4:15 enfatiza eso mismo:

No tenemos un Pontífice que no se pueda compadecer de nuestras flaquezas; mas tentado **en todo** según **nuestra** semejanza, pero sin pecado

Es significativa la expresión “**en todo**” (como en **Heb 2:17**). Su naturaleza, sus tentaciones, son “**en todo**” como las nuestras. La diferencia entre Cristo y nosotros no está en la naturaleza que tomó al nacer, sino en su carácter, en sus decisiones personales: “**pero sin pecado**”. Idéntico a nosotros en la **naturaleza** que tomó. Distinto a nosotros en lo que **hizo (carácter)**. Idéntico a nosotros en tomar el bagaje deteriorado, la herencia mancillada (que no implica responsabilidad, pecado ni culpa), y diferente, separado de nosotros, en su carácter, en lo que hizo (en lo que conlleva responsabilidad).

Esa distinción no es simplemente un recurso humano, sino una realidad clara en la Biblia. El propio Jesús la destacó en términos inconfundibles:

Velad y orad, para que no entréis en tentación: el **espíritu** a la verdad **está presto**, mas la **carne enferma** (**Mat 26:41**).

Gál 5:16-17 abunda en ese concepto y ayuda a comprender que esa batalla, la nuestra, es la que Cristo peleó y ganó:

Andad en el **Espíritu**, y no satisfagáis los deseos de la **carne**. Porque el deseo de **la carne es contra el Espíritu**, y el del Espíritu

es contra la carne; y estos se oponen entre sí, para que no hagáis lo que quisierais.

Se debe destacar que “los deseos de la carne” no son pecado, sino naturaleza caída. El pecado consiste en *satisfacer* los deseos de la carne.

Pablo introduce así el evangelio en su gran epístola a los Romanos:

El evangelio de Dios... acerca de su Hijo, que fue hecho de la **simiente de David** según la carne (**Rom 1:3-4**).

Ni los “hijos”, ni Abraham, ni David recibieron una **naturaleza** como la de Adán cuando fue creado.

Pero, en contraste, refiriéndose al **carácter** de Cristo, en el versículo siguiente (el **4**), especifica: “Hijo de Dios con potencia según el espíritu de **santidad**”. En el original griego, la comparación (contraste) es aún más clara:

- De la simiente de David *según la carne* (kata sarka): NATURALEZA.
- Hijo de Dios *según el espíritu* (kata pneuma) de santidad: CARÁCTER.

Es significativo que la santidad no se refiere a la naturaleza tomada al nacer “según la carne”, sino a su carácter.

El anterior no es un texto aislado. Ver, por ejemplo, **Hechos 2:30** y **2 Tim 2:8**.

Teniendo presente esa distinción vital entre (1) lo recibido al nacer (o al ser creado) -naturaleza-, y (2) las elecciones personales -carácter-, resulta clarificadora esta declaración de EGW, en la que se refiere a ambos aspectos:

Revestido del manto de la humanidad, el Hijo de Dios descendió al nivel de los que deseaba salvar. En él no había ni engaño ni pecado; siempre fue puro e incontaminado. Sin embargo, tomó sobre sí nuestra **naturaleza** pecaminosa. Al revestir su divinidad de humanidad, para poder relacionarse con la humanidad caída, trató de recuperar para el hombre lo que Adán había perdido como consecuencia de la desobediencia tanto para sí mismo como para el mundo. En su propio **carácter** exhibió ante el mundo el carácter

de Dios; **no se satisfizo a sí mismo**, sino que anduvo haciendo el bien... (*Review and Herald*, 22 agosto 1907; *Desde el corazón*, 38).

Ese carácter perfecto, puro e incontaminado brilló a través de una naturaleza como la nuestra: de hecho, la nuestra.

Desaparece la contradicción aparente en las declaraciones de Ellen White al analizar si se está refiriendo a *naturaleza recibida* o a *carácter desarrollado*.

Pero hay que añadir una precaución: si bien es crucial comprender esa distinción entre naturaleza y carácter, en los escritos de Ellen White no basta con hacer ese análisis simplemente a partir del término escrito “naturaleza” para saber si se está refiriendo a ella. La razón es que en muchas ocasiones Ellen White se refirió al carácter, a las decisiones, a lo que conlleva responsabilidad moral, empleando la palabra “naturaleza”. Se debe analizar el contexto para comprender su mensaje.

Este es un ejemplo de utilización de la palabra “naturaleza” para referirse al carácter (se refiere al apóstol Juan):

De día en día su corazón era atraído hacia Cristo, hasta que en su amor por su Maestro perdió de vista su propio yo. Su genio rencoroso y ambicioso cedió al poder transformador de Cristo. La influencia regeneradora del Espíritu Santo renovó su corazón. El poder del amor de Cristo transformó su **carácter**. Tal es el seguro resultado de la unión con Jesús. Cuando Cristo mora en el corazón, la **naturaleza** entera se transforma. El Espíritu de Cristo y su amor enternecen el corazón, subyugan el alma y elevan los pensamientos y deseos a Dios y al cielo (*CC*, 73).

Evidentemente, Ellen White, al emplear “naturaleza” está refiriéndose a carácter. Lo contrario sería pretender que la naturaleza se convierte, cosa que sabemos que no sucederá hasta la final trompeta, cuando esto corruptible sea vestido de incorrupción. Ciertamente, Ellen White no creía ni defendía la herejía de la “carne santa”.

Esa circunstancia no debe entenderse como una imperfección en el mensaje profético de Ellen White, sino como una imperfección del propio lenguaje humano:

Jesús tomó la humanidad a fin de llegar hasta el hombre donde este está. La Biblia debió ser dada en el lenguaje de los hombres. Todo lo que es humano es imperfecto. Diferentes significados se expresan con la misma palabra: no hay una palabra para cada idea distinta. La Biblia fue dada con propósitos prácticos (1 MS, 23).

Encontramos esa misma imperfección del lenguaje humano en la propia Biblia:

Preciosas y grandísimas promesas, para que por ellas lleguéis a ser participantes de la naturaleza divina, habiendo huido de la corrupción que hay en el mundo a causa de las pasiones (2 Ped 1:4).

Es evidente que habiendo huido de la corrupción que hay en el mundo, somos hechos participantes del **carácter** divino, como aclara la frase que sigue a esa expresión. Es imposible ser hecho participante de la **naturaleza** divina (técnicamente hablando) sin ser Dios, pues divinidad implica eternidad, y ningún ser creado puede ser convertido en eterno ni en Dios. Desde luego, no cabe atribuir deificación, y aún menos panteísmo, al mensaje de Pedro.

Lo mismo que la Biblia, los escritos de Ellen White fueron dados “con propósitos prácticos”, y así debemos estudiarlos.

Debido a ese empleo ambivalente del término “naturaleza”, tanto en los escritos de Ellen White como en la propia Biblia, algunos proponen otro tipo de terminología para referirse a los mismos conceptos:

A/ **Naturaleza inferior**: lo que yo he llamado “naturaleza”, tendencias, herencia genética común, “carne”; recibida al nacer, no sujeta a responsabilidad.

B/ **Naturaleza superior**: carácter, decisiones, hábitos, responsabilidad moral.

Según esa terminología, Cristo tomó nuestra naturaleza inferior, pero su naturaleza superior jamás cedió a satisfacer los deseos de la naturaleza inferior.

Hay otra clave que es de ayuda para comprender la frecuente comparación que hizo Ellen White entre la naturaleza de Adán y la de Cristo. Véase esta

declaración, que interrumpiré en un lugar estratégico, tal como suelen hacer quienes luchan contra la verdad de la naturaleza humana de Cristo:

Venció a Satanás en la misma naturaleza sobre la cual, en el Edén, Satanás obtuvo la victoria (YI, 25 abril 1901).

En el contexto de la controversia entre naturaleza humana caída *versus* no caída, interrumpir la cita en ese punto tiene como resultado dar la impresión de que Ellen White estaba contraponiendo los dos tipos de naturaleza humana: la de Adán antes de caer, y la nuestra (caída), y aparentemente aseveró que Cristo venció a Satanás en la naturaleza de Adán anterior a la caída.

Pero en su discurso, Ellen White no estaba poniendo en contraste los dos estados posibles de la naturaleza humana (caída / no caída). Su intención era aclarar cómo venció Cristo: ¿fue en su *naturaleza humana*? ¿o fue mediante su *naturaleza divina*?

Si fue mediante su naturaleza divina, evidentemente, nosotros no podemos vencer. Ellen White afirma que su victoria sobre Satanás no se debió a su naturaleza divina -ya que ese poder estaba oculto-, sino a apoyarse en Dios *en su naturaleza humana*, y ese es el privilegio de todos nosotros, que no poseemos divinidad, sino sólo naturaleza humana (y caída). Esta es la declaración, sin la interrupción estratégica:

Venció a Satanás en la misma naturaleza sobre la cual, en el Edén, Satanás obtuvo la victoria. El enemigo fue vencido por Cristo en su naturaleza humana. El poder de la divinidad del Salvador estaba oculto. Venció en naturaleza humana, apoyándose en Dios para [obtener] poder. Ese es el privilegio de todos.

La primera frase indica simplemente que venció en naturaleza humana, y no divina. En otras declaraciones, Ellen White especificó si esa naturaleza en la que Cristo venció (en las pisadas de Adán) era caída o no:

¡El Rey de gloria dispuesto a humillarse descendiendo **hasta el nivel de la humanidad caída!** Colocaría sus pies en las pisadas de Adán. Tomaría la **naturaleza caída del hombre** y entraría en combate... (1 CBA, 1099).